

JOSÉ GRANADOS GARCÍA

LOS SIGNOS
DEL SAMARITANO:
SACRAMENTOS
Y MISERICORDIA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

MADRID • 2015

ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODODUCCIÓN: Los sacramentos y el lenguaje de la misericordia	IX
OBERTURA.....	XIII

LOS SIGNOS DEL SAMARITANO

PARTE I: Encontrado por el samaritano	1
I.....	3
II.....	7
III	9
IV	14
V	19
PARTE II: Al encuentro del samaritano	23
VI.....	25
VII.....	29
VIII	33
IX.....	39
X	44
PARTE III: Ser samaritano	49
XI.....	51
XII.....	56
XIII	60
XIV	65
XV.....	69
XVI	73
EPÍLOGO.....	77

INTRODUCCIÓN

LOS SACRAMENTOS Y EL LENGUAJE DE LA MISERICORDIA

El evangelio de la misericordia, que ya san Juan Pablo II colocó en el centro de su ministerio, ha sido retomado ahora por el papa Francisco al proclamar el año jubilar. Con gran acierto se propone de nuevo un anuncio que tiene especial urgencia en la que se ha llamado sociedad poscristiana, pues permite a la Iglesia acercarse a la vida de todos los hombres, también de los más alejados.

En efecto, puede decirse, siguiendo al poeta Charles Péguy, que por esta palabra de misericordia el Evangelio ha encontrado en el corazón del hombre un punto único, «punto de esperanza / punto doloroso, punto de inquietud», y que ha despertado «el eco más profundo, / el más antiguo, / el más viejo, el más nuevo...». Y que «cuando esta palabra ha mordido, una sola vez, el corazón, / el corazón infiel y el corazón fiel», «nada podrá borrar la marca de sus dientes». Pues esta palabra es «una palabra que acompaña», de modo que «cuando el pecador se aleja de Dios [...] arroja al borde del camino [...] la palabra de Dios, sus más puros tesoros», pero esta palabra nunca la rechazará, «porque es un misterio que nos persigue, es una palabra que nos persigue / en las más grandes / lejanías»*.

* Cf. Ch. PÉGUY, *Le porche du mystère de la deuxième vertu* (Gallimard, París 1954) 163-166.

Los tiempos modernos, es cierto, despreciaron la misericordia, pensándola humillante. El hombre adulto, responsable ante sí mismo de sus acciones, aborrecía miradas compasivas. Pero mucho ha sucedido en la historia desde que iniciara la Modernidad. Y hemos experimentado heridas irrestañables y culpas abisales, que nos empujan a añorar otra vez una palabra que nos absuelva y nos resucite la esperanza. Se desea ese tiempo de la misericordia que proclamara Jesús al empezar su ministerio público.

Podría objetarse que el hombre de hoy sigue resistiéndose a reconocer que necesite perdón por sus acciones. El único tribunal que acepta, el de la autenticidad, el de la coherencia consigo mismo, sigue absolviéndole. Rechazará toda piedad que emita un juicio y pida cuenta de las acciones, aunque solo sea para condonar la pena. ¿Queda solo la salida de una pseudo-misericordia que diagnostique la falsa salud para tranquilizar al enfermo?

Por fortuna, la misericordia evangélica tiene otra ruta para llegar al corazón humano. Y es que ella no se dirige primeramente al interior aislado de la conciencia, a la cámara secreta del yo pensante. Al contrario, la misericordia evangélica atiende, ante todo, a la carne del hombre, al hombre herido en su carne, sufriente en la carne. Y es que es ella una misericordia encarnada, nacida de un encuentro personal, una misericordia que toca y sorprende a cada uno allí donde se halla, en sus afectos y en sus relaciones y en su historia, en la vida que se desenvuelve con los otros y a la luz del día.

Pues bien, es precisamente ahí donde siente la herida el hombre posmoderno; precisamente ahí donde confiesa su debilidad: debilidad de sus vínculos, inconsistencia

de su biografía, fragilidad de sus memorias, inviabilidad de sus proyectos sin trama.

Urge, pues, por fidelidad al Evangelio y por necesidad del tiempo vigente, anunciar una misericordia corporal. Esta se recoge muy bien en la parábola del Buen Samaritano. Allí la misericordia se define practicándola. Es una misericordia que nos toca, que unge como el aceite y refresca como el agua y alivia como el vino, que saca de la soledad para conducir a la posada común, que ofrece descanso y vigoriza las rodillas para que se pueda reemprender la ruta.

La tradición teológica, ya desde los primeros Padres, ha comentado este pasaje de san Lucas a la luz de la misericordia. Y lo ha asociado, a este fin, a los signos enérgicos con que Jesús nos abraza, nos sana, nos reintegra en la ruta: a los sacramentos. El óleo y el vino con que se curaron las heridas de aquel viajero, que representa a Adán y a todo hombre, son la medicina sacramental con que Dios confiere luz y fuerza a cada peregrino.

Este vínculo con los sacramentos resulta idóneo para adentrarse en el misterio de la misericordia. Pues a la luz de los signos salvíficos de Jesús surge una misericordia que solo puede conocerse experimentándola, en un encuentro personal que toca, unge, alimenta. En los sacramentos aprendemos, además, que la misericordia se dice siempre en plural, celebrada comunitariamente. Allí descubrimos que en cada misericordia hay una luz —el sacramento es signo— que sana el ojo y alumbraba la ruta... Y, sobre todo, en cuanto signos sagrados, los sacramentos recuerdan que la misericordia sana en el hombre su herida más profunda: el pecado, la lejanía de Dios, la aversión hacia Él.

En suma, en los sacramentos, epifanía visible de la gracia invisible, las obras de misericordia son a la vez corporales y espirituales; bajan de lo alto al hombre y suben del hombre a lo alto, capaces de abrazar lo terreno para reconducirlo al Padre.

Las páginas que siguen querrían transmitir, en forma de relato y diálogo, el toque de una misericordia sacramental, su eco y su resplandor; y facilitar así que su anuncio impregne, como colirio y ungüento, la vida de los hombres durante este año Jubilar y en los demás jubileos de Dios.

Roma, 1 de noviembre de 2015,
solemnidad de Todos los Santos

OBERTURA

Un rabí de Nazaret narró una famosa parábola en que figuraba un buen samaritano. Este se detenía, se inclinaba ante un hombre medio muerto, aliviaba sus llagas, se desvivía por restablecerle en la posada y devolverle a la ruta.

Ocurre, a veces, que, cuando uno relata bien una historia, sus personajes cobran vida. Y nadie duda que aquel nazareno era un gran narrador: ¿sería extraño que uno de sus personajes se animara y saltara la frontera que separa la parábola de la historia real?

No, en verdad, si recordamos que se trata de una frontera bien tenue, pues toda parábola esta ingeniada para un solo fin: invadir la vida, convocarla a honduras nuevas, transformarla.

Así ocurrió: nuestro hombre, malherido y bienhallado, se puso a buscar a su benefactor..., y su benefactor samaritano le condujo a su autor nazareno. Y como este autor era el autor de todos nosotros, tampoco habría nada de extraño en que esta historia fuera también la nuestra, en que ese hombre fueras tú.